

## Intertextualidad en dos panegíricos ignacianos de Granada

Jesús Gutiérrez

Wayne State University<sup>1</sup>

Durante las fiestas solemnísimas con que Granada y su Colegio de San Pablo festejaron la beatificación del bienaventurado Ignacio de Loyola, en febrero de 1610, fueron predicados cuatro panegíricos. Aquellas fiestas, a la vez religiosas y profanas, populares y cultas, tan del gusto de la época, se iniciaron oficialmente el sábado 13 de febrero, con desfiles, máscaras, carteles y anuncios de los certámenes literarios y fuegos artificiales. Ciertos escrúpulos de los Padres de la Compañía eliminaron las corridas de toros con las que en otras ciudades españolas se había señalado la exaltación a los alters de otros santos del país.

El relato detallado de aquella celebración granadina, junto con el primer panegírico de los aquí mencionados, se publicaron bajo este título completo: *Relación de la fiesta que en la beatificación del B. P. Ignacio fundador de la Compañía de IESVS hizo su Collegio de la Ciudad de Granada, en 14 de Febrero de 1610, con el sermón que en ella predicó el señor D. Sancho Dávila y Toledo, obispo de Jaén. Dedicada al señor Marqués de Velada.* [Grabado en madera mostrando al Bto. Ignacio] *Con Licencia. Impresso en Sevilla, en casa de Luis Estupiñán, año de 1610.* Consta la obra de 96 folios numerados, precedidos de 4 hojas. Sobre su contenido y, en particular, sobre los datos bibliográficos de esta *Relación*, he de remitir al lector al artículo que publiqué en esta misma

---

<sup>1</sup> Dedicó este artículo a uno de mis maestros más admirados y a quien debo mi dedicación al estudio de las letras, Rafael María de Olmedo, S.J. Con la memoria del otoño de 1943 en la Cardosa comillesa. Además, por aquello de nobleza obliga, he de reiterar mi gratitud a dos colegas de Wayne State University, en Detroit, el Decano Garrett T. Heberlein y Daniel Graf, de los Programas de Investigación, y a muchos amigos andaluces, Jesuitas y Capuchinos, quorum nomina in corde meo, y quienes, en Granada y en Sevilla, han contribuido, de varios modos a estos trabajos ignacianos.

revista, en 1990<sup>2</sup>. Allí mencionaba que "el martes 16, predicó el P. M<sup>o</sup> Juan Galvarro, Prior de San Agustín...; el jueves 18 hizo el sermón el P. M<sup>o</sup> Carranza, Prior del convento de Carmelitas Calzados... Finalmente, el sábado 20, Gonzalo Sánchez Lucero, Canónigo Magistral y catedrático de Prima de Teología"<sup>3</sup> en la Universidad granadina, predicó el último de los panegíricos ignacianos de aquel octavario fastuoso. Sobre él se centra este trabajo.

Fueron los autores de la citada *Relación*, es decir los Padres del Colegio de SanPablo, discretamente refugiados tras el pronombre "nosotros", quienes enjuiciaron sin ambages los panegíricos de la fiesta. Después de mencionar rápidamente los predicados por los PP. Galvarro y Carranza, Ponderan el de Sánchez Lucero como sermón tan lleno, tan docto, tan parejo y tan rico de grandezas del Santo [sic] y excelencias de su Religión que los predicadores tuvieron bien que alabar y los de la Compañía bien que agradecer y estimar, obligándonos no sólo con predicarlo, sino también con imprimillo a su costa"<sup>4</sup>. Esta cita es de particular importancia para el enfoque del presente estudio; aunque no esclarece las razones por las que este sermón tan estimado no halló cabida en la *Relación*<sup>5</sup>, afirma su integración en la totalidad de aquella celebración.

De las posibles modalidades analíticas que ofrece la crítica literaria reciente, he elegido un enfoque que, hasta donde he podido comprobar,

<sup>2</sup> Véase J. GUTIÉRREZ, *Granada en la beatificación del b. Ignacio de Loyola: un panegírico olvidado* : Archivo Teológico Granadino 53 (1990) 161-172; la cita en 162.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p.163. Indicaba yo entonces haber localizado un sermón de Padre Maestro Juan Galvarro, predicado en la fiesta de la beatificación del b. Ignacio celebrada en Montilla, y luego impreso en Córdoba aquel mismo año de 1610. No he conseguido noticia alguna sobre el P. Carranza. Esta circunstancia obliga a limitar esta investigación a los dos panegíricos elegidos.

<sup>4</sup> En la *Relación*, folio 66. Véase mi artículo citado, p. 163.

<sup>5</sup> Es muy posible que oel obispo de Jaén o su hermano, don Gómez Dávila, segundo Marqués de Velada, a quien se dedicó la *Relación de la fiesta*, corrieran con los gastos de la impresión, como era habitual entonces. La vida y obra del primero de estos próceres, don Sancho Dávila y Toledo, que nació en Avila en 1546 y murió siendo obispo de Plasencia en 1625, fueron esbozadas en el artículo mencionado. Ocupó la sede de Jaén del 1600 a 1615, año en que fué trasladado a la diócesis de Sigüenza. Don Sancho, autor de varios libros sobre hagiografía y algunos sermonarios, no sólo es recordado por su actividad pastoral e intelectual, sino también por su relación con Santa aaaTeresa de Jesús, de la que fue, por algún tiempo, confesor y corresponsal muy estimado.

no se ha aplicado a l estudio de la oratoria sagrada. Me refiero a la intertextualidad o relación entre dos o más textos. Sin adentrarnos ahora en las precisiones y aspectos teóricos propuestos por algunos críticos<sup>6</sup>, podemos hablae de intertextualidad cuando un texto literario se conecta con otros textos, ya sean literarios o no literarios, pero siempre como pertenecientes a un mismo contexto cultural. Esta relación entre el texto estudiado y otros textos leídos o escuchados anteriormente puede ser consciente o inconsciente, parcial total. En nuestro caso, un texto escuchado, el sermón predicado por el obispo de Jaén el 14 de febrero, es evocado consciente aunque parcialmente por Gonzalo Sánchez Lucero en su panegírico del 20 de febrero de 1610. Se trata de un ejemplo interesante de intertextualidad cuyos aspectos concretos serán expuesto enseguida, tras recordar algunos datos esenciales de este predicador.

### El autor y su obra

Como tantos otros eclesiásticos de la España de los Siglos de Oro, Gonzalo Sánchez Lucero encontró cabida en la prestigiosa *Bibliotheca Nova* de Nicolás Antonio. Nacido en Sevilla en 1569, adquiere pronto fama de predicador y pasa a Granada como canónigo magistral de aquella catedral. Allí desempeñaría otros dos cargos, el de catedrático de Teología y el de comisario de la Santa Cruzada. Como teólogo forma parte de aquella legión de defensores de la Inmaculada Concepción de Santa María. Murió en Granada en 1617.

No sorprenderá, por ello, que la primera obra localizada sea *Dos discursos theológicos en defensa de la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima*, cuya primera edición fue impresa en Granada en 1608. Se reimprimió con adiciones primero en Madrid, por Luis Sánchez, en 1614; luego en Sevilla, por Alfonso Rodríguez Gamarra, en 1617<sup>7</sup>. Palau en su *Manual del librero hispanoamericano* menciona una *Respuesta del Dr. Gonzalo Sánchez Lucero, assimismo se responde a ciertas calumnias y proposiciones falsas de un religioso y se defiende*

---

<sup>6</sup> Existe una copiosa bibliografía de estas teorías críticas. Puede consultarse, en castellano, A.J. GREIMAS y J. COURTÉS, *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Traducción de E. Ballón Aguirre y H.C. Carrión. Madrid, Grdos, 1979 (La edición francesa es del mismo año). Son importantes estas obras de J. KRISTEVA, *Sémiotique: Recherches sur une sémanalyse*. Paris, Seuil, 1969 y M. RIFATERRE, *La production du texte*. Paris, Seuil, 1979.

<sup>7</sup> El título de esta impresión sevillana se modificó: *La Virgen Santíssima no peccó en Adán ni quedó deudora en él al pecado original*.

*contra ellas la verdad católica*, folleto publicado en Granada en 1609, y que, aparentemente, alude a las controversias concepcionistas. Menciona Nicolás Antonio una *Relación de la Pasión de Christo Señor Nuestro con algunas consideraciones para meditar sus misterios*, impresa en Granada, en 1614.

Además del panegírico ignaciano, tengo noticias de una oración fúnebre, *Sermón predicado a las honras que hizo la Santa Iglesia Metropolitana de Granada en la muerte de la Católica Reyna de España, doña Margarita de Austria, nuestra señora*, Granada 26 de octubre de 1611<sup>8</sup>. La Reina había muerto el 3 de aquel mes. Cita también Palau una edición suelta, impresa en 1616, de un *Sermón a San José*.

Forzoso es añadir aquí que ninguno de estos textos es de fácil acceso. Esta circunstancia y el haber delimitado este estudio a los dos panegíricos indicados, imposibilita una reflexión más extensa sobre la obra de Sánchez Lucero.

### El panegírico

Se imprimió con este título: *Sermón qve predicó el Doctor Gonçalo Sánchez Luzero, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia de Granada, Catedrático de Prima de Theulugia [sic] en la Vniversidad della, y Comissario Apostólico de la S.Cruzada. En la fiesta qve hizo la ínclita ciudad de Granada, en el Collegio de S.Pablo de la Compañía de Iesús a la solemnidad de la Beatificación del glorioso San Ignacio, Fundador y Patriarca della dicha sagrada Religión, en 20 de febrero deste año de 610.* (Sigue un grabado en madera, con el mote *Devs in nomine tvo salvvum me fac*, en el centro, las iniciales *I H S*, a los lados del grabado), Año --- 1610 (y se añade, al pie del grabado) : *Dedícase a los Padres del dicho Collegio. Con Licencia. Impresso en Seuilla: en la Imprenta de Luys Estupiñán.* Presenta las características tipográficas de esta clase de impresos. En el verso de la Portada está la Aprobación, fechada en Sevilla a 18 de Mayo de 1610 y firmada por don Francisco de Velasco y de la Cueva. En ella afirma que el sermón «contiene muy pía y católica doctrina, fundad en lugares de la sagrada Escripura y exposición de Santos, y hermoçada con mucha erudición y eloquencia

---

<sup>8</sup> Félix Herrero Salgado en su *Aportación bibliográfica a la oratoria sagrada española*. Madrid, CSIC, 1971, p.40, menciona dos ediciones de esta oración fúnebre, una sin fecha ni lugar, y otra impresa en Evora, por João de Lyra, en 1612.

Christiana, digna de su autor; y todas las alabanzas que trae en sus discursos son muy propias y deudas al sujeto de que trata». La dedicatoria ocupa el folio 1, recto y verso. El sermón, desde el folio 2r al 21r. El verso del folio 21 está en blanco.

En la dedicatoria a «los Padres Rector, y Collegio de S. Pablo», el autor reconoce su obligación con la Compañía de Jesús «que es la que me ha criado y enseñado desde mis tiernos años y a quien deuo la poquilla de luz y enseñanza que ha quedado en mí, de la copiosísima que por espacio de treinta y dos años me han comunicado sus cátedras y sus escritos». Estima como ocasión privilegiada la beatificación del gran Patriarca Ignacio le ofrece y él ha desempeñado en el púlpito. Reitera, de nuevo, la idea expresada en la portada. Allí es *la ínclita de Granada*; en la dedicatoria, es *la gran ciudad de Granada*, la que en servicio del nuevo Beato, «ha hecho la mayor demostración de fiesta que ha podido. En la *Relación*, sin embargo, el protagonismo de la fiesta se hacía recaer sobre el Colegio de San Pablo. No se si esta diferencia de énfasis tenga o no significación. Pudiera tratarse de una «división de trabajo o de responsabilidades» en la organización concreta de la celebración del día octavo. Con todo, es evidente que desde cualquiera de las dos perspectivas, los festejos, tanto los religiosos —de los que aquí nos ocupamos— como los profanos, formaban una unidad y, por ello, un contexto cultural homogéneo. Todos los actos se orientaban al mismo fin: exaltar la memoria del nuevo beato. A la vez, glorificar a Dios y edificar a los fieles sus devotos.

Este objetivo condiciona, de algun modo, la relación entre los dos sermones. El pronunciado por el canónigo puede evocar, precisar o, en una palabra, reelaborar aspectos expuestos por el obispo en su panegírico; con todo es necesario que plantee otro enfoque, que desarrolle otros temas e, incluso, que adopte otro estilo. Todo esto, a pesar de partir del mismo texto sagrado, el que se leía en el evangelio de la misa de los confesores, *Sint lumbi vestri praecincti et lucernae ardentes in manibus vestris* (Lc 12).

Don Sancho Dávila centra su panegírico sobre las virtudes del bienaventurado Ignacio y sus dos obras más duraderas, los *Ejercicios Espirituales* y la Compañía de Jesús. No menciona otros milagros<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Véase mi artículo antes citado, p.172, donde observo que, en su sermón, el obispo no elaboraba el tema de los milagros del B. Ignacio. Mencionaba la Compañía para subrayar la heroicidad de la castidad del beato, virtud que lega a sus hijos y que certifié

Sánchez Lucero elige un desarrollo complementario: «los milagros son infalibles testimonios de la santidad de los jjustos», por eso «echa mano de uno sólo, por ser milagro de milagros y milagro continuado» (fol.2),

«Este es la gran Compañía de Jesús, que fundo en la Iglesia, cuya grandeza hallo estampada en aquel sueño de Mardocheo, en quien represetándosele al buena suerte de Ester dice que vido una fuentecita muy pequeña y que desta salía un muy grande y caudaloso río, y que este se convertía en sol; y este sol en muchas acequias de agua, *parvus fons qui crevit in fluvium et in lucem solemque conversus est et in aquas plurimas redundavit* (Esther 10,4). (Ibid.).<sup>10</sup>

Satisfecho el predicador del hallazgo de este texto del libro de Ester, y anticipando la curiosidad expectativa de su auditorio exclama con admiración: «¡Válgame Dios y qué extrañas transformaciones!». Inmediatamente ofrece la exégesis:

«Con mucha razón puedo llamar a todas las sagradas religiones fuentes caudalosas de la Iglesia Católica, pues con las saludables aguas de su espíritu y diestra han fertilizado la Iglesia, entre las cuales la Compañía de Jesús, en sus principios ¡qué pequeñita, *parvus fons!* La última, la más moderna, el Benjamín de la Iglesia, pero aunque en su nacimiento pequeña, *crevit in fluvium*. ¡Oh qué río tan crecido ha nacido della, tan grande que se ha extendido por toda la redondez de la tierra! Ora pues, y ¿cómo pudo extenderse tanto? Yo lo diré: porque su agua era de casta de sol, *et in lucem solemque conversus est*; con que se dicen dos cualidades desta sagrada religión que son alumbrar y purificar: agua de casta de sol y sol de casta de agua, y siéndolo, *in aquas plurimas redundavit*, se convirtió en muchas acequias de agua, una corre a la Alemania, otra

---

la revelación de Santa Teresa de Jesús. Esta «vió en el cielo a muchos de la Compañía de Jesús y con una bandera blanca a cada uno, que denotaba la castidad, que así lució en ellos como prenda que tanto les deseó y procuró su Bendito Padre, después de haberla él recibido» (p.170). Citando a San Epifanio, recuerda el obispo que Jesuitas llamaron a los primeros discípulos de Jesús antes de conocerlos como cristianos. Pondera después su vocación misionera, extendiendo la Iglesia por toda la gentilidad y el centenar de santos mártires que la hermosean con su sangre, por lo cual el predicador, adaptando un texto de San Ambrosio, hace recaer en el nuevo Beato la heroicidad del martirio obtenida por sus hijos. El bienaventurado Ignacio cifra, en su vida y fundación, las admirables virtudes de los confesores y de los mártires.

<sup>10</sup> En adelante las citas del panegírico se indicarán simplemente (f. y el número).

a la Inglaterra, otra a la India Occidental; ésta a los púlpitos, aquella a las cátedras, la otra a los confesonarios, alumbrando y purificando con extraordinaria luz y pureza. Este milagro, Padre Beatísimo, descubra hoy los quilates y ventajas de vuestros méritos y santidad, que mi corta lengua y caudal poco podrá decir dellos sino le favorece la gracia...» (f.2r-v). (E invoca a la Virgen con el Ave María).

El texto es extenso y, con la abreviación del primer párrafo transcrito, reproduce casi íntegro el exordio del sermón en el que plantea el esquema fundamental. No sólo nos muestra la brillantez y riqueza del estilo, la preferencia de Sánchez Lucero por los juegos de palabra, pleonasmos, redundancias y algunas paranomasias; ofrece también, en mi interpretación, la primera instancia de intertexto al conectarse directamente con el inicio del panegírico del obispo de Jaén. Partiendo éste de aquel texto del Eclesiástico, 24, 40, *Ego, Sapientia, effudi flumina*, anunciaba solemnemente: «El Espíritu Santo da a sus predicadores el nombre de ríos y en esta metáfora se dan a entender muchas propiedades»<sup>11</sup>. Lo que importa es subrayar cómo una metáfora cuyo potencial interpretativo ha sido ya ponderado por el obispo, encuadra nuevos ecos y aplicaciones en el sermón del canónigo como demuestra el texto transcrito. Bajo la metáfora de ríos y acequias, se ilustra la doble actuación de la Compañía, en su dimensión geográfica, horizontal; en su misión pastoral, vertical, desde la proclamación de la palabra, o divina desde el púlpito, o humana desde la cátedra, hasta la dirección del alma en la intimidad del confesonario. El agua se funde con el sol, en esa expresión atrevida que nos ofrece Sánchez Lucero, «agua de casta de sol y sol de casta d agua» para anticipar con las dos cualidades, las de alumbrar y purificar, la gran tarea apostólica, la guerra contra los tres poderosos enemigos, mundo, demonio y carne. En ella ejercitarán dos tipos de armas, las palabras y las obras, o en la formulación, tan al gusto de Sánchez Lucero, palabras obradas y obras predicadas» (f.3v). Con esta doble expresión interpreta el texto del panegírico, ya anunciado con anterioridad, el *Sint lumbi vestri...*

Es necesario ahora, aun a riesgo de invertir el análisis de la estructura del sermón del canónigo, comparar la aplicación iniciada por el obispo en su exordio sobre la metáfora de los ríos, es decir los

---

<sup>11</sup> Omíto, por no hacer al caso, una digresión sobre los diversos caudales de los ríos, sus propiedades curativas, etc.

predicadores en general y, tras un ejercicio conceptual muy agudo, su propia persona, «un pequeño río... que deja el humilde suelo por donde suele correr... los ejidos de Jaén... para venir a Granada», con la respuesta «intertextual» que ofrece en su peroración Sánchez Lucero. Forzoso será comparar dos textos extensos para demostrar su intertextualidad. Volvamos, por ello, al texto del exordio de don Sancho Dávila:

«Así puedo yo admirarme habiendo visto la frescura de estos ríos, Genil y Darro, que corren por esta tierra, hayan querido traer aguas del Guadalquivir a ella. Esto es, habiendo tan grandes predicadores en Granada, hayan buscado por los ejidos de Jaén quien venga a predicar en esta solemnísima fieta de la beatificación del Bienaventurado Padre Ignacio. Y debe ser la causa no que las ventajas de los de acá no sean mayores, sino que sin duda llegó por allá alguna voz suya, más apacible y poderosa que la de Orfeo, de quien dijeron los Gentiles que con su canto traía a sí las piedras y las fieras y arrancaba los robles y las encinas, y a los ríos, dejando su curso acostumbrado, les hacía volver atrás. Esto vemos que ha hecho en el mundo este glorioso Padre mucho mejor que el otro Orfeo, pues con solo un libro pequeño de sus *Ejercicios* ha llevado tras sí por el camino del cielo corazones más duros que las piedras y hambres más que fieras en sus costumbres y más dificultosos de arrancar de los vicios en que estaban que si fueran robles. Faltábanos ver la maravilla de los ríos y ésta se ve hoy, pues a sola una voz de este Beatísimo Padres, dada por sus hijos, deja un pequeño río el humilde suelo por donde suele correr, subiendo arriba tan desusadamente como s volviera atrás.»

Permítaseme insistir que éste es el punso básico del exordio del obispo. Sánchez Lucero lo resume en su peoración con estas palabras:

«Ésta es la estampa que la rudeza de mi pincel ha podido hoy sacar a luz de nuestro gran Patriarca San Ignacio y de su santa Compañía, en cuyo nombre y el de esta ilustrísima y gran ciudad de Granada, doy a Vuestra Ilustrísima Señoría [al Obispo de Jaén que presidía] las gracias por lo que ha favorecido nuestra fiesta con su presencia y doctrina, pues ella ha sido lo que más ha campeado. Y si Vuestra Ilustrísima hace cargo a Granada, de que gozando de los frescos Geniles y Darros, haya en esta ocasión acudido al gran Guadalquivir, para cumplir con su fiesta, pareciéndole que acá no faltaba lo que podría traer de Jaén; esa misma razón, Señor, alega



Granada en su descargo, porque ¿qué competencia pueden hacer nuestros arroyuelos con aquel gran caudal? ¿Cuál de los ríos de toda el Andolucía no le reconoce y paga tributo y se tiene por honrado en ello? pues entrando en él pierde su nombre corto y apocado y cobra el de un tan caudaloso río. Tal, pues, nos ha sucedido a los granadinos con la venida de Vuestra Señoría, pues con ella quedamos todos acrecentados, los religiosos muy edificados de ver tal clemencia y afabilidad y llaneza, acompañada con tanto espíritu y majestad. Los predicadores quedamos favorecidos y enseñados, esta gran religión muy reconocida, nuestro Beatísimo Padre Ignacio muy servido, y todos en general muy consolados...» [ff.20v-21r].

Se convierte este final de panegírico de Sánchez Lucero en síntesis y conclusión de la celebración ignaciana. Con él se refuerza la idea apuntada anteriormente del protagonismo de la ciudad de Granada, aludida con claridad en los dos sermones. El doble empleo, real y metafórico, de los ríos iniciado por el obispo de Jaén, es aceptado y transformado en otros niveles por el canónigo granadino. Se entrelazan los dos textos en puntos claves para el auditorio, aunque esta intertextualidad no les impide su originalidad individualizadora. Pero la reiteración ha reforzado el mensaje transmitido: la exaltación del nuevo Bienaventurado y la activa participación de toda Granada en su propia celebración.

Uno de los pasajes en que Sánchez Lucero parece condensar su admiración por la Compañía adquiere un tono dramático y apasionado que no se encuentra en el sermón de don Sancho Dávila. Sin nombrarlos *verbatim*, ataca a los enemigos de esta religión:

«¡Oh sagrada Compañía de Jesús, candelero por las manos de Dios, hecho aposta para alumbrar en la Iglesia Católica! Con tan aventajadas luces como ha puesto en ti ¿quién podrá decir la luz de doctrina y santidad que das hoy en medio de las tinieblas del mundo? ¡Forzosas eran para ello lenguas de Serafines! ¡No desmayes, Religión santa, porque te haya puesto tu Dios hacia la puerta del Aquilón, para que seas combatida por los huracanes infernales; porque eso lo ha hecho amaestradamente, para que se avive y cobre mayores fuerzas mayor luz y resplandor que puso en ti, y se descubra a los ojos de tus émulos los altísimos grados y riquísimo caudal de doctrina y santidad que puso en ti y queden corridos y avergonzados y sus lenguas caninas enmudecidas; digan, ladren, murmuren, que te hago saber que sus ladridos son ladridos

de gozquez, que para todo en ruido y barahunda y al cabo salir con nada, que tus letras y espíritu han de salir vencedores, a pesar de los Aristarcos invidiosos que te miran con malos ojos!» [f.12r].

La alusión a personajes contemporáneos es evidente y no voy a detenerme en estos recuerdos históricos, por otra parte sobradamente conocidos. Importaría más, si el espacio lo permitiera, exponer las caracterizaciones de la Compañía con algunas de las expresiones de la retórica del canónigo granadino. En la primer ampliación de una de las imágenes sugeridas en el exordio, vuelven a reaparecer como «los arcaduces por los que Dios ha encañado el agua de su gracia y el rocío de su Evangelio a los páramos y sacadales de los herejes...» (f.12v); «Los Religiosos de la Compañía han cultivado aquellos rincones y breñas y los han convertido en frescos y deleitosos vergeles para Dios» (Ib.). En la segunda, el predicador va introduciendo a los fundadores de las grandes órdenes religiosas con el significado y urgencia de la aportación de cada una a la historia del pueblo de Dios hasta desembarcar en la Compañía, en quien se «juntó con igual vocación, ambas vidas y estados, el clerical y el monacal, para llevar adelante y continuar el verdor, y pureza, y espíritu, y sabiduría que puso en los principios de su Iglesia». (f.16v).

Antes de la peroración ya expuesta, reasume Sánchez Lucero el punto de partida de su sermón e insiste en el «milagro de los milagros» con estas palabras:

«Y si por los frutos se conoce el árbol, y por la destreza de los soldados la del capitán, árbol que tales frutos llevó, capitán que tal compañía levantó en la Iglesia, ¿cuál será? Padre Beatísimo Ignacio, dicho queda, pues me basta decir de vos, para que no quede nada por decir, lo que el Espíritu Santo dijo de la buena mujer, que *laudent eum in portis opera eius* (Ecl 26), que hable por vos y pregone vuestras grandezas la deste milagro de milagros, que dejaste instituido en el mundo» (f.19r).

Queda manifiesta, a través de este rápido análisis, una doble estructura del panegírico del canónigo granadino. Por un lado, está centrado en la exaltación del Beato Ignacio por medio de su obra más duradera, la Compañía. Aquí se acumulan las enseñanzas doctrinales y las reflexiones morales. Por otro lado, se establece una relación, o mejor, un verdadero diálogo, a la vez implícito y explícito, con el sermón predicado en el día mayor de la celebración por el obispo de Jaén. En

mi opinión, se trata de un ejemplo. consciente aunque parcial, de intertextualidad.

Esta cala no pretende agotar las posibilidades analíticas de este enfoque crítico. Con los hallazgos y aplicaciones de otros investigadores y estudiosos de la oratoria sagrada española, podrán desarrollarse otros modelos críticos. Pocas veces ha quedado más claramente fijado el papel que el auditorio, en este caso, «toda Granada», desempeña en este género de la predicación.